INTRODUCCIÓN

por MANUEL ALVAR

I

No hay lingüista con un mínimo de solvencia que no lo repita hasta el agotamiento: no hay más que un español. Es absolutamente falaz escindir esa realidad única en dos mundos opuestos: América y Europa. Hay una unidad que permite entendernos a cuantos poseemos este bien que es la lengua única; hay multitud de variantes en cada región de nuestro mundo sin que la unidad se resquebraje. Esta teoría de relatividades no va de acuerdo con los voceros de la desintegración: hace muchísimos años ya discutieron esas cosas don Rufino José Cuervo y don Juan Valera. Muchísimos años después, ya no se puede plantear la tesis de la fragmentación porque asistimos a movimientos integradores. Que me valgan testimonios ajenos en los que me ampararé para seguir. Ángel Rosenblat publicó un libro chico en el que cabe una gran lección, o muchas grandes lecciones, y allí, en *El castellano de España y el castellano de América* (Caracas, 1962), deja unas afirmaciones que ha pensado muy bien: «Hay que admitir no sólo una unidad de lengua hispánica, sino una unidad sustancial de modos de ser [...] El tesoro común de formas de vida pasadas que forman la inexorable estructura del hombre hispánico. Y me inclino a creer que esa unidad es mayor hoy que en 1810, cuando grandes porciones del continente vivían apartadas hasta de sus propias capitales.» Pero 1962 no está tan lejos de nosotros, ni la sombra de don Ángel Rosenblat deja de ampararnos; en marzo de 1990, Eugenio Coseriu venía a decir lo mismo: «el proceso de unificación y reunificación cultural e idiomática de los países hispánicos —proceso que se ha venido desarrollando con intensidad cada vez mayor en las últimas décadas [...]— si no se intensifica, se hace cada vez más patente en esferas más amplias, con lo cual también el problema de la unidad del idioma [...] se hace cada vez más actual». No es justo silenciar un gran nombre: Amado Alonso mostró tantas veces como se enfrentó con la cuestión la unidad sustancial. Ni el español de Chile es castellano con sonidos mapuches, ni los *Chilenische Studien* de Rodolfo Lenz estaban en sintonía. Y lo mismo al estudiar las variantes de la articulación de *tr* o de la *l* y la *r* o de la *ll*. Todas las alteraciones de América son también peninsulares, y

nada de lo que es nos parece insolidario en ninguna de las parcelas de este ancho mundo. Lo que no quiere decir que, dejando aparte los elementos léxicos, no se puedan encontrar aquí y allá rasgos de entonación que se amparan en las lenguas indígenas o motivos que en ellas se explican. Así, en el español yucateco encontré *-m* final donde la lengua común tiene *-n (pam, vienem)* y restos de consonantes heridas (*k'* más veces que *t'* y *p'*, ésta apenas o nunca), como de manera más exigua han aparecido en el muy reciente *Atlas lingüístico de México*. Pero acaso sea Paraguay donde la coexistencia hoy mismo de español y guaraní ha permitido la interferencia de una lengua sobre otra. Pero nada de esto puede hacernos pensar en una alteración de carácter sustancial; por lo contrario, la tesis de la acción de los sustratos está cada vez más desprestigiada, aunque todavía haya no poco camino por recorrer.

Tomemos las cosas en su razón: no hay un español de España frente a otro español de América, sino que cada uno de esos dominios está vinculado a motivos geográficos, sí, pero también a otros sociales o históricos, y todo resultará enrevesado, de tal modo que un tinerfeño cuando habla se parece más a un puertorriqueño o a un venezolano que a un pastor del Pirineo. Y volvemos a estar en algo que los lingüistas sabemos muy bien: hay un sistema abstracto al que llamamos *lengua* en el que estamos todos, en el que todos están incluidos y en el que vemos un determinado ideal, por más que no lo practiquemos, pero hay otro sistema concreto y preciso que se realiza en cuanto damos virtualidad a la abstracción que es la lengua, y al que llamamos *habla*. Aquí caben cuantas diferencias queramos, pero el desmigajamiento no se produce porque sobre esos infinitos sistemas de realización está ese otro unitario que impide la fragmentación porque en él nos entendemos todos. *Español* de Castilla, y de Andalucía, y del Caribe, y del Altiplano, y de la Sabana, y de la Pampa, sí, pero *español* de todos y para todos.

Dando vueltas a motivos más o menos curiosos, pero que establecen ciertos usos dispares en el español, llegamos a una conclusión: la historia nos conformó acercándonos o diferenciándonos, pero no separándonos tanto que los resultados sean que cada uno hable como le dé la gana, sino que debe respetar unas normas que sean válidas en su comunidad y, si las proyecta, en las otras comunidades. Es entonces cuando nos damos cuenta de que hablamos la misma lengua por más que sean distintas sus variedades regionales y, dentro de éstas, locales. Que la imposición para nada sirve, lo que vale es la convicción, y convicción no es claudicación sin respeto a los demás, aceptación como bien común lo que la mayoría usa. Claro que habrá hirsutos defensores del me-da-la-ganismo con los que es inútil contar. He pasado la vida tratando con gentes humildes de las dos bandas del mar y en todas partes he encontrado muestras de respeto y de admiración, las mismas que yo dedicaba a mis interlocutores. Un día el taxista mexicano que me llevaba al aeropuerto me preguntaba: «¿De dónde es usted? —Español —Pues no habla golpiado.» Otro, en una elegante dulcería de Bogotá, la muchachita de ojos deslumbradores: «¿Es usted español? —¿Por qué? —¡Habla tan sabroso!» Subjetivismo, claro que sí, pero el

subjetivismo mil veces reiterado se convierte en actitud colectiva, y a eso llamamos sociología.

Son todo modalidades del español que tienen que ver —y no poco— con el alma de cada uno. Imponer la norma ajena es un atropello, pero respetándola trabajamos por mil respetos y, sin querer, trabajamos por la unidad y al laborar de acuerdo nos encontramos unidos y volvemos a plantearnos esas cuestiones que han quedado como un garabato de duda: ¿la lengua?, ¿el habla?, ¿y la posibilidad de establecer una norma única? Creo que en un consenso silencioso y democrático estamos todos de acuerdo en la lengua literaria: la que hace españoles a Vargas Llosa, García Márquez, Carpentier, Asturias, Azuela, Borges, Neruda... La que hace americanos a Valle-Inclán, Unamuno, Salinas, Guillén, los Alonso, Miguel Hernández. De acuerdo: en nada separa los argentinismos de Borges de los madrileñismos de Ramón. Las hablas populares plantean otras cuestiones, pero ¿dónde la incompresión? He hecho cientos y cientos de encuestas desde las lindes septentrionales de Texas o de Nuevo México hasta pueblos donde se apunta la Tierra del Fuego, desde puerto Rico a Guatemala. Sólo el más encariñado acercamiento. Diré generosidad sin límites, cuidadas cortesías, humor sobre la severidad del trabajo. ¿Es esto posible sin identidad lingüística? Ante esta visión, don Ángel Rosenblat dijo que todo el español de América procede de España y que todas las variedades campesinas tienen su propia dignidad. Está en lo cierto, y su pluma se llena de un temblor de emociones cuando dice: «Yo defiendo los fueros del habla familiar. Otros enarbolan la bandera de los derechos del hombre, o de la mujer. Yo levanto mi pequeña banderita en favor del habla familiar.» ¿Quién no? El habla familiar que usamos en los actos más íntimos y cordiales, aunque para otro tipo de comunicación recurramos a las hablas cultas. Durante muchos, muchísimos años, hemos trabajado en el *Proyecto* coordinado sobre el habla culta del mundo hispánico. La idea de Lope Blanch tiene hoy un generosísimo desarrollo y sus frutos abundan por doquier: desde las reuniones de Bloomington (1964) y Madrid (1965) han pasado muchas cosas, tantas, que podemos entrever qué es esa norma culta en la que todos estamos insertos. Y resulta que de esos estudios llevados a cabo en Madrid, en México, en San Juan de Puerto Rico, en Bogotá, en Caracas, en Lima, en Santiago de Chile, en Buenos Aires, y en Sevilla o en Las Palmas, hemos aprendido cuánto nos une. Tenemos, pues, un mundo referencial que nos es válido para todos; tenemos el modelo para alfabetizar a los indígenas de muchos países; tenemos el canon que deben aprender los millones de extranjeros que hablan español. Se ha establecido la norma culta panhispánica, independiente de las normas nacionales, regionales o locales. Lo más opuesto al fantasma de la escisión. Esos volúmenes que publicados constituyen una biblioteca cuyo lema debiera ser sencillamente «La unidad del español.»

Para mí, el establecimiento de cualquier norma es una cuestión de prestigio, Y el *Diccionario* académico, como tantas veces, acierta al decir que *prestigio* es «influencia», «autoridad», «estimación», «buen crédito». Creo que es eso lo que en definitiva estamos dilucidando: en cualquier ni-

vel, no importa su altura social, la influencia, la estimación hacen que un uso se propague y se acepte, desde el modesto de un partido político al solemne de una proclamación multinacional. Prestigio es aceptar algo que se estima mejor que otro, y esto lo establecieron los tratadistas griegos y latinos y lo acabo de explicar. Quintiliano dijo que «en una lengua caben diversos dialectos». Estamos en lo cierto: *lengua* es el español, *dialecto* el castellano, el mexicano, el peruano o el salvadoreño. Ahora bien, ese prestigio se acepta más por convicción que por imposición, pues la conveniencia es útil para todos, y la imposición, sólo para unos pocos. Entonces se recurre a eso que se llama *nivelación*, que es el proceso «directo y deliberado» de la sociedad para llegar a un lenguaje común por encima de lo que es fragmentación dialectal. Claro que estamos en las preguntas que formuló al empezar estas páginas el hipotético interlocutor: ¿Cómo establecemos esa norma aceptada por los más? Y mi respuesta será cautamente relativa: la norma variará de unos lugares a otros. He hablado ya de esos fenómenos fonéticos que son comunes al español de España y al español de América, pero ¿son igualmente válidos? Creo que la literatura tendrá su mucho que decir: es la *langue* saussureana, por más que nadie la utilice, pero que se acepta. Nadie en el mundo hispánico, si es ligeramente culto, escribirá *haiga*, *cabayo* o *veldá*, con independencia que eso pueda darse en determinadas zonas. Pero esa lengua normalizada en la escritura mantiene la unidad del sistema: habrá hablantes «correctos» que distinguirán *ese* y *zeta*, pero no *elle* y *ye* o conservarán esas cuatro consonantes y, sin embargo, perderán la *-d-* en los participios; otros no usarán *vosotros*, pero su español será perfectamente «correcto». He hecho cientos de encuestas en Puerto Rico, en la República Dominicana, en Guatemala, con un grupo yagua en la Amazonía colombiana, y en Cuba; trataba de discurrir cuál pudiera ser la actitud de esos hablantes ante el hecho de nuestra lengua común. Les hacía escuchar una cinta grabada por mí: variedad, pues, muy conservadora de español septentrional: con *ll* y *zeta*, sin neutralización de implosivas, con *s* apical y conservada en todas posiciones, con escaso, o nulo, acento dialectal. Los resultados fueron admirables: mis guatemaltecos creían mejor la variedad que ellos no practicaban, acaso porque ese *español* estaba nimbado por razones que lo prestigiaban; pero los yaguas, perdidos en su infinita soledad, no podían responder de la misma manera, pues en la marginación no cuentan con lo que yo exijo a un hombre para tener la dignidad a que tiene derecho. Muy otra era la situación en la República Dominicana: muchísimos consideraban mejor la modalidad de España, porque en ella veían un ideal lingüístico superior; tal vez porque la lengua que se sometía a su consideración era muy distinta de su propia modalidad, y en ella encontraban unos elementos que consideraron escolarmente prestigiosos, y eso que estos hombres habían percibido muy bien los rasgos pertinentes de las modalidades enfrentadas. En Puerto Rico hubo quienes prefirieron su propia peculiaridad, y otros la extraña, en la que no percibían otro hecho anómalo que el de tener *zeta*, y aún habría que anotar cierta xenofilia entre las mujeres frente a la xenofobia de los hombres. En Cuba dupliqué los registros: presenté grabaciones septentrionales (hombre y mujer) y meri-

dionales (hombre y mujer). Al inventariar los resultados, un 60,5 % de los cubanos prefirieron la modalidad norteña del español, mientras que las modalidades meridionales, no identificadas tan bien, llevaron a considerar la grabación jiennense del varón como la de un andaluz o la de un gitano de las películas, mientras que a la mujer granadina la consideraron española en un 47 % de los casos, en tanto acertaron en un 100 % al identificar como peninsular la modalidad aragonesa. Algo hay seguro: para un antillano, el andaluz no se caracteriza con la misma nitidez que el aragonés, y cabe en un saco indiscriminado en el que al andalucismo y gitanismo hay que añadir su identificación como hispanoamericano e incluso cubano.

Todo esto nos habla de una conciencia hispánica mantenida en el lento fluir de los días. Coseriu ha hablado de ejemplaridad mejor que de corrección; es decir, de un modelo o ideal de lengua común o, como él dice, «la *función* [...] que cumple: por el hecho de que es expresión de la unidad, de la cohesión político-social y de la cultura mayor de la comunidad histórica». Estos valores están reconocidos antes de su manifestación en un acto político y social; es entonces mismo cuando se reconoce su ventaja sobre cualquier otro modo de hablar.

Era necesario ir asentando hitos que apoyan la unidad del español de España y del español de América. Olvidamos las obligaciones suscritas y la mengua de dignidad. He trabajado en la selva amazónica en condiciones que no son de contar porque tampoco fueron exclusivamente mías: iba con dialectólogos colombianos, con mi mujer, con uno de mis hijos. Todos, todos sirviendo a nuestra lengua. Y allí, huitotos, muinanes, boras, ticunas necesitaban el español para lograrse como hombres en plenitud. Prescindir de él era caminar hacia aislamientos empobrecedores. La unidad es imprescindible para la universalización. Si nos desmigajamos en visiones pueblerinas, podremos pensar en ideales lingüísticos de criollización: digamos *papiamento* de Curaçao, *palanquero* de San Basilio (costa atlántica de Colombia), *chabacano* de Filipinas, *chamorro* de Guam. Seamos objetivos y fijémonos en lo que los demás han recorrido: Gabriela Mistral, Pablo Neruda, Miguel Ángel Asturias, García Márquez, Octavio Paz. Y añadamos nuestra nómina: Echegaray, Benavente, Juan Ramón Jiménez, Vicente Aleixandre, Camilo José Cela. A esto yo le llamo universalidad. Pero he trabajado con las gentes más pobres de México, de Guatemala, de El Salvador, de Cuba, de Puerto Rico, de la República Dominicana, del Perú, de Colombia, del Ecuador, y nunca me tuvieron por extraño, ni aquellas criaturas tan diversas lo fueron para mí. Lo que nos hacía unos era la comunidad lingüística, aquello que era, claro que lo era, la sangre de nuestro espíritu, manifestada entre los indios, blancos, negros y mestizos, mulatos y zambos. La universalidad es pertenecer a una cultura expresada por la lengua y nacida por una visión del mundo. El haber hecho, como Roma en palabras de Rutilio Namaciano, «unidad de gentes diversas».

Hemos llegado a otro punto fundamental: Sevilla. Mil veces se ha discutido, la urbe dio la norma del español de América. Para mí, al menos, las cosas están claras: sabemos más que en tiempos de Henríquez Ureña y no podemos atenernos a unos datos que sobre paupérrimos eran parciales.

Trabajos como los de Peter Boyd-Bowman sobre el origen de los colonizadores han venido a incidir sobre la importancia de los andaluces; los estudios de Juan Antonio Frago han demostrado la antigüedad andaluza de todos los fenómenos americanos, y en mi investigación *A vueltas con el seseo y el ceceo* creo haber explicado por qué el español de América, siendo sevillano, no es sólo sevillano, sino que está refrenado por los colonizadores de León y de Castilla, que impidieron que, por ejemplo, el seseo se adelantara hasta convertirse en ceceo. Pero queda claro que la unidad actual es reflejo de otra unidad que arraiga ya en el siglo XVI. Y por si faltara algo, se ha cubierto una inmensa laguna de ignorancia y las islas Canarias han sido un mundo que ha conformado sevillanamente a las modalidades americanas. Esto no se sabía hace treinta años, pero hoy es una realidad incuestionable. Sevilla creó una nueva norma lingüística distinta de la cortesana y, con amparo en el prestigio cultural, económico y social, su modalidad de habla se difundió en la otra banda del mar. Y Sevilla llevó al Nuevo Mundo el arte de imprimir libros, y los propios volúmenes que en tropel iban saliendo de los tórculos de sus maestros: en poco más de quince años (1503-1520), Jacobo Cronberger estampó casi doscientos libros, muchos de ellos en lengua vulgar. Sevilla fue para América todo lo que culturalmente señalo, pero fue también un ideal de belleza que conformó el ideal de las gentes que cruzaban a la otra banda del Atlántico, y no será inútil decir que gentes de todas partes señalarían en la pronunciación sevillana rasgos de *suavidad* y *dulzura, cecear con gracia, hablar suave*. ¿No es esto algo que bien vale para caracterizar al español de América frente al hablar bronco de las gentes de la España septentrional? Todo en América quedó marcado de sevillanismo (articulación plana y convexa de la *s*, tensión muscular reducida) y es así como seguimos hoy. Sevilla fue la gran sombra que se tendió sobre el español del Atlántico y ya no nos parece raro que un sevillano de Alanís identifique *andaluz* con *español*. Sevilla es metrópoli, que vale tanto como integración, integración lingüística, la más dilatada de toda nuestra historia, e integración cultural, lo más opuesto a la fragmentación o a la destrucción. Lo que hoy es, fue también. Sin la historia, nada dirían esas realidades que he comentado. Contemplamos nuestro horizonte lingüístico y las cosas se nos manifiestan de un cierto modo, pero el cierto modo tiene un arraigo de quinientos años y sabemos su filiación. Por eso, en 1951, don Miguel Alemán, presidente de los Estados Unidos Mexicanos, convocó la primera reunión de Academias de la Lengua Española. Era el testimonio más veraz de la unidad sentida por todos. Y el gran país que es México supo coordinar esfuerzos en busca de la unión, igual que la sentían las gentes del XVI, cuando acomodaban su lengua a una realidad que iba a ser unitaria, como la sintieron los hombres de la Independencia y como la sienten los mejores espíritus de nuestro siglo. Todo tiende a la unión, desde la integración andaluza de un día hasta la nivelación que se está cumpliendo hoy. Son sabidas las palabras de Bello al frente de su *Gramática*, pero merece la pena recordar otras escritas por un gran sabio, pero no exentas de vibrante emoción. Don Alfonso Reyes, en su *Discurso por la lengua*, leído en Quito, dejó estas palabras:

> Considero como un privilegio hablar en español y entender el mundo en español: lengua de síntesis y de integración histórica, donde se han juntado felizmente las formas de la razón occidental y la fluidez del espíritu oriental; tan ejercitada en las argucias occidentales como en las libres explosiones del ánimo [...], lengua lo bastante elaborada para captar las regularidades y exactitudes, lo bastante audaz para respetar las temblorosas indecisiones del misterio [...], sonora sin delicuescencias que amengüen su viril reciedumbre, y cuyo equilibrio fonético parece dictado por la misma economía biológica del resuello. Creada y acrecentada por el quehacer de todos, enriquecida por los ríos fecundantes de los préstamos y las peculiaridades nacionales, «suma de todos los modos de hablar y escribir en todas las zonas y pueblos que ella ha venido a cubrir bajo su manto».

El gran humanista mexicano tiene razón: hablar en español y entender el mundo en español. Pero quiero añadir por mi cuenta que esto no significa ninguna preeminencia ni ninguna superioridad. Español del mexicano y del peruano y del chileno y del español. De todos unidos y concordes. Amado Alonso, muchos años hace, habló de tres focos culturales (Madrid, México, Buenos Aires) que intervendrían en la nivelación de nuestra lengua. Es verdad, pero no toda la verdad. Casi medio siglo después, vemos que las cosas han sido así, pero hay que añadir Guatemala, Colombia, Chile, por citar sólo países que cuentan con «reconocimientos oficiales» y, por ende, fácilmente comprensibles. Es decir, la literatura no puede silenciarse en este proceso nivelador. Y me permito añadir Cuba, Venezuela, Perú. Acaso nos estamos quedando cortos: la nivelación está en esa posibilidad de comunicación que consiguen los grandes escritores no importa de dónde. La lengua se va nivelando en el quehacer de todos: en los libros, en los medios de comunicación, en los deportes, en las artes de la palabra y en el intercambio personal. Todo nos va llevando a la unión porque todos nos necesitamos y, sin decirlo, todos resultamos solidarios. Y en ese todos están las Academias, que un día tanto temor producían y hoy se sienten como mundo solidario: colaborando todas en unos fines comunes, trabajando sin recelos y aportando al acervo común lo que es peculiar de cada país. Existe una Comisión Permanente de académicos hispanoamericanos que trabaja en Madrid y existen unos medios de acercamiento que antes no existían y que, fatalmente, llevaban a aislarse. Hoy no. Cada país aporta sus peculiaridades y el conjunto del mundo hispánico las considera propias. ¿No es esto algo que hace unos años se hubiera tenido por impensable?

Pero no hemos de creer que todo sea bonanza. Hemos de mirar hacia el futuro. El español padece una crisis de crecimiento. No es ello biológicamente malo si sabemos orientar el sentido de cuanto nos llega. Los términos nuevos llegan como en aluvión y eso puede afectar a la unidad de la lengua. Lo que un día fue un caudal asimilable, hoy es la riada que se desborda por doquier. ¿Podemos estar impasibles? ¿No se moverán nuestros gobiernos contra los ataques solapados? Hay que pedir una política lingüística: bien sé que cada país tiene sus particulares exigencias, pero no ignoro que debe haber también una política común a la que deben atender todas las Academias de consuno. En México y en Venezuela se han susci-

tado cuestiones como éstas, referidas, por supuesto, al español. Que la responsabilidad así sentida sea tarea de todos.

Nos encontramos en los albores de una era de intercambios increíbles: si hoy las comunicaciones por satélite permiten estar en la presencia más inmediata de lo que está ocurriendo en las dos bandas del Atlántico, si emisiones americanas se siguen habitualmente en España, ¿que ocurrirá dentro de esos pocos años que nos separan del siglo XXI? Y la corrección para mí no es imposición, sino cultura. Un mexicano culto, un argentino culto, están en el mismo nivel que un español culto, y recíprocamente. Que el color local en nada afecta a la intelección del sistema, que nada hay más falso y repelente que ese español en conserva que se nos sirve en el doblaje de películas: falto de la vida que le da el ser de algún sitio e inexpresivo porque no es de ninguna parte. He hablado alguna vez de una espléndida versión cinematográfica de *La malquerida* de Benavente. Aquellos tipos mexicanos, con un atuendo de braceros mexicanos, con su habla de campesinos mexicanos, ¿desvirtuaban en nada lo que nació como tragedia rural de Castilla? Quitemos el sabor local, no me importa de dónde, y habrá muerto la obra de arte. Cuando hablo de defender la lengua en los medios de comunicación no pretendo hacerla aséptica, sino culta. Lo demás carece de importancia. Y quiero añadir que la comunicación significa desarrollo y democracia y posibilidades de mejora.

No podemos ignorar que el porvenir de la lengua, que buena parte del porvenir de la lengua, está en esos millones de seres que han de hablarla, y somos nosotros quienes tendremos que suministrar los modelos idóneos para el aprendizaje. Porque quienes enseñen deberán saber qué deben enseñar. Y éste es uno de los fines que cumplirá el *Proyecto de la norma culta en las principales ciudades de España e Iberoamérica*, y ésta es la base de tantos *proyectos* de alfabetización como se han difundido por nuestra América. Y aquí tenemos otro problema fundamental que afecta a la lengua del Nuevo Mundo y que debemos tener muy en cuenta en esa búsqueda del año 2000.

Porque alfabetización significó muchas veces ciudadanía. Quien no sabía leer y escribir era nacional, pero no ciudadano. Así, las constituciones de nuestros pueblos fueron desgranando el rosario de la cronología y, en Costa Rica en 1927 y en Venezuela en 1949, para ejercer los derechos cívicos se exigía saber leer y escribir. Es un problema de cultura que no puede resolverse sino a través de la lengua; de ahí países como Costa Rica, cuyo orgullo es tener «más maestros que soldados». Analfabetismo tantas veces ha sido sinónimo de indigenismo y castellanización de integración nacional; más aún, la lengua determinó la existencia de Panamá como Estado, pues al establecerse por vez primera las condiciones de ciudadanía, se consideró *inmigración prohibida* la de los inmigrantes que no hablaban español y fueron panameños los hijos cuyos padres no fueran de esos llamados *inmigrantes prohibidos*. La lengua integró en la nación a gentes de hábitos muy distintos (religión, costumbres, psicología), pero que en ella manifestaban su sentimiento nacional.

Ni la raza, ni la condición social, dicen nada en el mundo hispánico.

Cuando se estableció el Día de la Raza, don Pedro Henríquez Ureña defendió su creación porque para nosotros no cuenta la biología, sino la cultura que integra. Más o menos es lo que escribió de forma tajante Alfonso Reyes y aún añadió algo categórico: «nuestra lengua es el excipiente que disuelve, conserva y perpetúa nuestro sentido nacional», pues, olvidada la biología, «lo determinante es la cultura y su expresión la lengua». Lengua de todos por igual, como lo fue en el siglo XVI, tan propia de los que se quedaron en Europa, como de los que se vinieron a América. Amado Alonso nos ahorra seguir hablando del bien compartido y tanto más de cada uno de nosotros cuanto más lo podemos comunicar.

Muchos pueblos de América necesitan integrar a estos connacionales que no hablan la lengua común. Recurrir al amparo de don Ángel Rosenblat es de justicia para recordar al sabio y al hombre bueno. Es necesario que pensemos en esas comunidades que aún no poseen el español, pero que necesitan de él para lograr su plenitud de hombres, como me explicaba aquel huitoto que me decía ser baquiano mientras me acompañaba por la selva amazónica. Integración que se hace por la lengua y que nada tiene que ver con el matiz de la piel: séame permitido recordar —por emocionante y justo— a aquel indio chiapaneco que se consideraba mexicano, pues, según él me decía, indios eran los de Bonampak, que vivían en la selva y no sabían español.

He ido caminando por las muchas trochas que unas preguntas nos habían abierto y estamos ya en un final relativo. Sabemos qué fue el pasado y qué es el presente. La preocupación por la lengua de todos es lo que nos ha venido preocupando. Lo he dicho: de todos. También lo he escrito: sin preeminencias ni claudicaciones. Después de tanto pensar llegamos a lo que cada vez podemos ver con más claridad: conservar la lengua, mantenerla unida, enriquecerla es quehacer de todos los que la hablamos en ambas orillas del Atlántico. En 1935, Amado Alonso publicó *El problema de la lengua en América* y escribió unas palabras con las que yo quisiera terminar mis consideraciones:

> En cuanto al futuro de nuestra lengua, el tipo cada vez más universalista de la civilización actual —y si es ésta suplantada, no será ya otra, sin duda, menos universal— hace improbable el fraccionamiento. Pero si éste ocurre algún día, no descarguemos nuestra responsabilidad en nada natural ni fatal. Será culpa de nuestra barbarie. Será que hemos dejado de formar parte del mundo civilizado.

II

En 1951, don Miguel Alemán, presidente de los Estados Unidos Mexicanos, convocó el I Congreso de Academias de la Lengua Española. Nueve lustros más tarde sentimos una mantenida emoción. Porque fue México, país con mil problemas lingüísticos, con otras tantas dificultades étnicas, sin relación entonces con España, el que comprendió —acaso por todo

ello— el valor de la lengua. Ese prodigioso instrumento que se nos regala y gracias al cual somos hombres, desde la contingente realidad de dividir el trabajo hasta la alta cumbre de los desasimientos terrenos. México sabía mejor que nadie el valor de tener una lengua que unifique y que libere de la miseria y del atraso a las comunidades indígenas. México, más que ningún otro país, ha elaborado sus programas educacionales para redimir al indio y hacerlo ciudadano pleno. México con los proyectos propios y ajenos (Tarasco, Oaxaca) para alfabetizar y castellanizar, que sólo así la integración se produce y los bienes de una civilización irreversible consiguen salvar a gentes marginadas desde hace siglos. No extraña la decisión del presidente Alemán, y la vemos en cuanto tiene de gallardía y de cordura. El ideal de etnólogos y folcloristas no se cohonesta con los proyectos que actúan desde la Revolución de 1910: salvar al indio, redimir al indio, incorporación del indio, como entonces gritaban, no es otra cosa que desindianizar al indio. Incorporarlo a la idea de un Estado moderno, para su utilización en unas empresas de solidaridad nacional y para que reciba los beneficios de esa misma solidaridad. Porque la medicina puede más que las salmodias del brujo y los niños con ictericia no se salvan metiéndolos en el buche de una vaca recién inmolada. El camino hacia la libertad transita por la hispanización. Irreversible planteamiento, aunque debamos exigir el respeto y la protección de lo que ya nunca podrá enriquecerse. El presidente Alemán tenía razón y sabía de su propia realidad más de lo que nosotros sabemos, aunque nos hayamos acercado a los problemas con espíritu de amor y con afán de aprender.

Por eso la llamada de México fue secundada por todos. Y todos fueron escribiendo unos considerandos en el documento de Bogotá (1960), mediante un convenio «en virtud del cual todos los pueblos de habla española se unan para defender el desarrollo de la lengua común; que es obligación de los Estados fomentar la cultura de sus pueblos y atender a la defensa de su patrimonio espiritual, particularmente en su lengua patria; que tratándose de los pueblos hispanos, la unidad de lenguaje es uno de los factores que más contribuyen a hacerlos respetables y fuertes en el conjunto de las naciones». Hermosa lección la de los pueblos de América unidos «para defender el desarrollo de la lengua común», unidos —también— a España en esa propiedad compartida con igualdad de derechos que es la «Lengua Española». Y es que el sentido de la realidad de los hablantes de América era claro y terminante porque no era ocasional, sino inspirado en la más noble ejecutoria. A mitad del siglo XIX, don Andrés Bello, al frente de su *Gramática* había puesto: «Mis lecciones se dirigen a mis hermanos, los habitantes de Hispanoamérica. Juzgo importante la conservación de la lengua de nuestros padres en su posible pureza y como medio providencial de comunicación y un vínculo de fraternidad entre las varias naciones de origen español derramadas sobre los dos continentes.» Salvar la herencia era para Bello, como después lo fue para Cuervo o para Caro, una forma de asegurar la propia libertad. Cien años después, olvidados recelos y fortalecidos los lazos, el documento de Bogotá concedía a España un privilegio que obligaba —en contrapartida— a una ingente responsabilidad: «Las

academias asociadas convienen en que la Real Academia Española sea llamada a coordinar esta labor colectiva de defensa, conservación y desarrollo del idioma.» Después, en Quito (1968), deferencias y responsabilidades se hermanaron, pero todos seguimos unidos por la defensa y salvaguarda del bien común. Como, hace siglo y medio, Bello había recomendado atenerse al buen criterio de nuestra Academia. Esto es, tenemos una herencia compartida que nadie puede dilapidar y todos, acrecer. La lengua ya no es un motivo de especulaciones técnicas o de curiosidad para espíritus inquietos; es un patrimonio de millones de hombres y ese patrimonio está vigilado por los institutos que para ello fueron constituidos. Hay firmados acuerdos internacionales que obligan al cumplimiento de todos y ese todos son —en primer lugar— los Gobiernos, que deben ejercer su autoridad en la protección de la lengua (obligando a su enseñanza, arbitrando medios para su conocimiento), defendiéndola (contra quienes traten de desmenuzarla), prestigiándola como bien común que es (con el reconocimiento de cuánto significa para el propio prestigio de todos). Cercenar su enseñanza, dejarla desasistida a merced de canes realengos, claudicar ante cualquier ataque venga de donde venga, suprimir los centros específicos donde se investiga el español, no es cumplir lo que un día se firmó y fue solidaridad de 16 naciones en Bogotá, ampliada con nuevas adhesiones. Todos los Estados libres signatarios están afectados en la misma medida. Todos reconocieron la unidad con independencia de las realidades internas. Y fue un presidente de México quien llamó a la unidad, como antes habían hecho los gramáticos venezolanos, chilenos o colombianos, o las constituciones políticas de todos los países sin excepción o esos millones de hombres que, sin saberlo, la elevan en sagrado ofrecimiento al rezar, al amar, al trabajar, o esos poetas que en la lengua «incesante y fatal» encontraban «los íntimos hábitos de la sangre». Ese bien providencial del que hablaba don Andrés Bello no lo es sólo para las naciones de América; sin él, y sin ellas, España no sería España. Lo que no deja de tener su valor.

Hay muchos procesos de integración cultural que se llevan a cabo a través de la lengua. El español se adaptó a esa nueva realidad que lo condicionaba y el español sirvió de instrumento para salvar culturas condenadas a desaparecer, y no sólo por el «trauma» de la conquista, o, acaso, por las conquistas de esos otros que hoy levantan la algarabía. La lengua fue el prodigioso instrumento que permitió la difusión de civilizaciones que de otro modo bien poco hubieran contado en América, como el taíno: los españoles ayudaron a la mutua comunicación de los pueblos aborígenes gracias a la designación de lengua general: el español y los españoles fijaron artes, léxicos y confesionarios con multitud de cuestiones que hoy llamamos antropológicas. Dos motivos diferentes, pero con significación parecida: la lengua de Castilla fue el instrumento que en ambos casos cumplió un designio singular. Y hoy, pasados quinientos años, esa lengua nos hermana a los hispanohablantes de los dos continentes. Sigue siendo la lengua lo que nos une más allá del color de la piel, de las creencias religiosas, de las estructuras sociales o de los ordenamientos políticos. Mi lengua es mi patria. Y hoy, al contemplar la prodigiosa unidad de la lengua sentimos que

la patria se nos ensancha, se multiplica por veinte y se abre en unas posibilidades de comunicación que se reiteran en millones y millones de hablantes. Somos hombres en tanto somos capaces de comunicarnos: ésta es la visión prodigiosa que nuestra lengua ayuda a cumplir. No somos extraños cuando podemos decir *madre, árbol, cielo, río* y otros labios repiten *madre, árbol, cielo, río* y las palabras significan lo mismo. La unidad está ahí, en el milagro de la comprensión; la variedad es el otro prodigio de la particularidad que no desintegra, sino que enriquece lo que tenemos unidos. Hablamos a finales del siglo XX. Cruzar el océano es cuestión de unas horas: bajar desde el río Bravo a la Tierra del Fuego son muchas, muchísimas más, y el avión que nos lleva va agavilando paralelos y paralelos sin que nuestra lengua deje de hablarse.

Pero el español de América sigue su propia historia y la lengua se va aindiando conforme adelanta el conocimiento de la realidad. En un principio valdrá con establecer comparaciones más o menos aproximadas; luego vendrán las descripciones; más tarde, se incrustará el término indígena en la lengua colonizadora. Porque el conquistador tuvo que valerse de su propio instrumento lingüístico para captar la realidad, pero el sistema formado en Europa no valía y los cascarones *(rancho, estero, hacienda, platicar, tortilla)* se llenaban de contenidos nuevos, o las mil cosas nuevas tenían que adaptarse para que la lengua fuera ese instrumento de comunicación que se pretendía *(maíz, cacao, cenote, papa, poncho)*. Pero para llegar hasta esta ascensión los hombres de España tuvieron que aprender el arte de las descripciones en el que la felicidad les acompañó mil veces.

Pero la lengua, como las criaturas, necesita un proceso de aclimatación. Al principio es poco lo que se entiende, si algo se entiende: es la desazón del descubridor que no sabe contar. Luego, los ojos abiertos, entran las cosas hasta hallar acomodo en los nuevos corazones: se describen, se comparan, se acervan a lo que pueda hacerlas valederas en la nueva cultura. Por último, la palabra de la nueva realidad, identificada ontológicamente con ella, se transmite. La lengua se hace mestiza porque sólo en el mestizaje se puede vivir y en el mestizaje se puede salvar lo viejo válido y lo nuevo acepto: un religioso valenciano del siglo XVIII pasó su vida entre los caribes y temía haber envilecido su español por el continuo contacto con gentes que no lo hablaban. Pero el padre Gumilla no acertaba en todo, por más que el yerro aparente aún nos conmueva: su español seguía siendo de buena ley, aunque la realidad fuera distinta. En un proceso mil veces repetido, había adaptado la lengua a las urgencias del nuevo vivir, pero no la había empobrecido: la había hecho más rica. Porque la lengua es un cuerpo vivo que acepta lo que necesita y elimina lo superfluo. La experiencia con los caribes no deturpaba nada, sino que obligaba a la agudeza. Y ahí está *El Orinoco ilustrado*. En el choque con otras culturas, esa lengua sufriría intercambios y se modificaría: el «tales somos cuales son nuestras pláticas y conversaciones» de fray Juan de Zumárraga nos vale ahora: la lengua de la colonización trocó la situación previa y en ella vive América, andadura nueva, mestiza e irreversible, porque la motivó la Historia. Lengua e historia hermanadas en su caminar, como en la vida de unos hom-

bres que se fundían al hablar y que juntos tejían el destino de pueblos que se vislumbraban independientes.

Este testimonio de la verdad no se queda prendido en la Historia; sigue vivo hoy. Por 1929, en la tertulia del café de la Coupole han recalado tres jóvenes hispanoamericanos: el guatemalteco Miguel Ángel Asturias, el cubano Alejo Carpentier y Arturo Uslar Pietri, el venezolano. Es la presencia de tres voces que viene a mostrar sus diferencias con el surrealismo que allí se debate, no tanto por acuerdo o desacuerdo con lo que es la doctrina, sino por la verdad que su propia y americana realidad exige. Digamos que están camino de su acabamiento *Las leyendas de Guatemala, Ecué-Yamba-O* y *Las lanzas coloradas*. Es decir, la América que no cabe en el manifiesto de Breton exigía con voz propia ser escuchada entre los creadores de occidente, acaso por vez primera. No había imitaciones o mimetismos, aunque alcanzaran la gloria de Rubén, sino —como ha señalado Uslar Pietri— la presencia dispar de lo autóctono, lo negro y lo criollo, que condicionaban tres obras maestras, lo vemos ahora con nuestra perspectiva de lo que es una realidad compleja y agresiva, cuyo significado no se había tenido en cuenta. Pero no lo echemos en saco roto: aquella trilogía diversa tenía un denominador común: estaba escrita en español. He aquí algo que no debemos olvidar nunca: Miguel Ángel Asturias —rostro triangular de sacerdote maya— no hablaba quiché; Alejo Carpentier —hijo de francés y rusa— no profesaba en la religión de Ongú, Oxalá o Changó; Arturo Uslar Pietri, bajo el amparo del dolmán con que se retrató su abuelo británico, sentía latir en sus hombros la reciura del caudillaje anárquico. Eran tres posiciones ante el mundo, y las tres se comunicaban del mismo modo, en una lengua que había arrumbado al cachiqué, al pom, al ixil; que había olvidado los ritos del budú y del baquiné y que, sin embargo, era la de los lanceros de los Llanos y de los peones de las haciendas.

Gracias a la lengua, América se había creado. Porque sin unidad lingüística América no hubiera sido América. Serían las taifas independizadas por su incomunicación, no la unidad carismática de esos pueblos indios, españoles y negros que crearon una hermosísima, angustiada y dolorosa realidad. Y esto —unidad lingüística— en trinidad de sangres se llamó hispanización. México o Perú no son Haití o Canadá. No se trasladó la vida de España, se trasladó la tras-vida con la plenitud del sacrificio y con la miseria del pecado. Doble faz de la moneda, material y espiritual que con moldes cristianos permitió nacer un mundo nuevo que era otra cosa distinta. Valgan unas palabras de Uslar Pietri: «Si los españoles hubieran ido a América con una mentalidad colonial, a la inglesa o a la francesa, México sería la India.» Gracias a esto, Ernesto Sábato —hijo de italianos— puede decir que está más cerca de un indio mexicano que hable español que de un sueco. Toda exégesis eludo.

Las tres ramas del árbol se enlazaron, como los bejucos en torno a una ceiba, y se produjo el mestizaje biológico: lo que asustaba a los sabios europeos, incluido el científico Pittard, era la fuente que daba vigor a esos hombres que crearon el realismo mágico y, desde él, en palabras de Miguel Ángel Asturias, dieron nuevo vigor al estudio de la sociología. Y en este

mestizaje está el porvenir de tales pueblos: valgan las esperanzas de Vasconcelos o de Rosenblat, valga, como expresión literaria, aquel criollo de *Las lanzas coloradas* que decide poner su astil al servicio del rey y arrastra en su salvaje galopada a una turba de jinetes indios, negros y mestizos. Esas gentes, unidas en la lucha por los gritos de su lengua, se expresaban sólo en español. Era algo más importante que el mestizaje biológico, todos eran ya mestizos culturales a través de la lengua y, gracias a ella, mestizo es el mexicano que reniega de Cortés o el peruano que dignifica a Pizarro. Acaso esto nos lleve a un concepto de raza que no tiene que ver con genotipos y fenotipos, con caracteres fundamentales y recesivos, con enlaces de cromosomas, estamos ante un concepto de raza cultural a la que pertenecemos todos, blancos y negros, indios y zambos, mestizos, mulatos, jíbaros, tentenpiés, saltoatrás, tentenelaires y noteentiendos. Y las otras mil castas que Carpentier derrama desde su barroca cornucopia como hizo el Inca Garcilaso con la suya al alborear el siglo XVII. Somos lo que somos no por los genes que nos formaron, sino por la visión del mundo que tenemos. Y la visión del mundo nos la da la lengua, nos la conforma la lengua y la transmitimos por la lengua. Perder la lengua es transculturarse —no me importa si para bien o para mal—, es cambiarse de cultura; permanecer en la lengua es ser una especie de hombre y no otra —y quiero creer que para bien—. Hace unos años acabé en Samaná una encuesta lingüística con un negro gigantesco, allí, tan lejos, tan perdido, tan sin sentido para nadie, un dialectólogo español estaba identificándose con un hombre al que le unía la visión del mundo adquirida por la lengua. Hace unos meses, en una plaza de Guanajuato, una vieja india me pidió limosna; sobre el cielo azulísimo una mano me bendijo y unos labios me hablaron español: «Dios te guarde, mi hijo, y te tenga siempre bajo su amparo.» Y otro día, la visión del mundo se expresaba en lo que es mi fe y mi esperanza. En Mitla, en los aposentos del Vija-Tao una india, ¿mixteca, zapoteca, zoque?, a mi pregunta «¿Qué habla la señora?» me contestó: «Hablo pura Castilla.»

Así habrá que entender el sentido de la literatura hispanoamericana que no sea un calco o un remedo; como visión integrada de un mundo mestizo, que aportará arrastres de blancos, de indios, de negros, pero que se expresará en español. Que éste es un vivir conflictivo me resulta evidente, pero es el ser de los pueblos nuestros de América: lo era ya en don Martín Cortés y lo es en las gentes que renuncian de alguna de sus estirpes, como si la historia pudiera hacerse —*a posteriori*— con fáciles dicotomías. Las cosas son como han sido, porque la historia se hereda siempre. La brutalidad estuvo en estas tierras compensada con inmensas cargas de humanidad (yo diría, Gonzalo Fernández de Oviedo y José de Acosta y Bernal Díaz del Castillo y fray Pedro de Aguado y Motolinía y Sahagún. Sí, también, fray Antonio Montesinos o el padre Las Casas y los mil ignorados espíritus de la generosidad); más aún, el pecado denunciado con escándalo o reconocido en soledad hacía que la sociedad tuviera unos caracteres específicos. Que hasta para ser pecador es necesario tener conciencia del pecado. y el pecado acabó confesándose en español.

El domingo de Ramos de 1985 vi la procesión de la borriquilla camino

de la catedral —¡gótica!— de Santo Domingo: una cohorte de nubios, congos y mandingas iba mandada por un centurión blanco. Cristo se deslizaba sobre la multitud, mecido por la asnilla de incierto andar. Dentro del templo, el cuento de las lanzas golpeó sobre la piedra. El blanco, los negros, los mulatos, los indios, los mestizos, quedaron en un sobrecogedor silencio. Se iba a leer el Evangelio que daba sentido a aquel mundo de disciplina romana. Y el Evangelio se leyó en español.

Situados en esta perspectiva de la evolución y el cambio nos encontramos con el español de hoy, pues si no llegáramos a nuestros pagos no merecería la pena tanto caminar. Y Sábato se enfrenta con una cuestión que ha hecho, y hace, hablar a la gente: ¿qué español es mejor, el de una u otra banda del Atlántico? Me apresuro a decir: no hay un español de España y otro de América, sino muchos españoles a ambos lados de la mar. Con esto la cuestión adquiere un carácter relativo y nada dogmático. Habrá —hay— españoles que se consideran dueños de la lengua y americanos —habrá y hay— que desprecian los modos peninsulares. Todos se equivocan, y la solución está en Amado Alonso, uno de los maestros de lingüística que tuvo el Sábato mozo. No hay una «mejor lengua», según hemos visto, sino una lengua de todos y de cada uno de nosotros, que sólo entonces adquiere la dignidad de mejor, cuando nos integramos en ella y creamos el sistema de sistemas que es el español general. No sé si esto es fácil de entender para los extremistas de cualquier postura, pero acaso su comprensión sea más difícil si lo trasladamos al plano literario. No hay un registro de la propiedad para inscribir el nacimiento de una lengua, pero hay una partida de bautismo que nos dice dónde nació aquella criatura que llegó a ser un gran escritor. Mal se podría escribir la poesía de España si no consideráramos nuestro a Rubén Darío, y mal la novela de América si no tuviera por suyo a Miguel de Cervantes. Ésta es la cuestión: la lengua es propiedad indivisa, sobre la que todos tenemos los mismos derechos y los mismos deberes. Lógicamente, la literatura escrita en esa lengua es también un bien compartido y propiedad común. Hace muy bien Sábato al defender su «bárbaro voseo» y hace muy bien al considerar antepasados suyos a los juglares del Cid, a Berceo, a Cervantes y a Quevedo, como la tenía Alejo Carpentier al contestar, a una pregunta insidiosa, que Cervantes es el novelista mayor de Cuba. Por caminos distantes hemos llegado otra vez al idealismo: para León Felipe su patria era cada sitio donde escuchaba el español, como para Albert Camus su patria era la lengua francesa. Quienes una y otra vez nos desarraigamos, sólo en la lengua encontramos el alimento que nos puede sustentar. Y bien vale ahora el emocionante testimonio de Sábato. Ha aducido en algún momento una frase muy traída y muy llevada de Buffon: «el estilo es el propio hombre» y sigue: «su manera de ver y sentir el universo, su manera de "pensar" la realidad, o sea, la manera de mezclar sus pensamientos a sus emociones y sentimientos, a su tipo de sensibilidad, a sus prejuicios y manías». Es decir, la lengua le ha hecho a él —hijo de emigrantes como Camus— y en la lengua ha adquirido su condición de hombre, y de hombre nada abstracto. Con su conciencia histórica a cuestas, Ernesto Sábato dijo sencillamente esto: «Estuve en la tumba donde descan-

san los restos de Dante [...] Me conmovió mucho esa tumba porque mis padres son italianos y porque yo he escuchado la lengua italiana desde que era niño. Tuve una profunda emoción. Pero ¡qué distinta fue la emoción cuando estuve delante de la casa de Cervantes!; se me llenaron los ojos de lágrimas [...] Ahí comprendí cómo mi patria estaba entrañablemente unida a la lengua y que mi antepasado, el antepasado de todos los escritores que escribimos o pretendemos escribir estaba acá, y particularmente en Cervantes.»